

tos querían privar de los honores reales, esta elocuente cuanto lacónica inscripción: "MATER NAPOLEONIS" (Madre de Napoleón). Nada más grande se podía de ella decir.

Pío VII, hijo de los condes de Chiaramonti, tomó a los dieciseis años el hábito de San Benito. Fué creado cardenal en 1785. En agosto de 1800 escogió a Consalvi para Secretario de Estado, el cual llegó a ser uno de los más hábiles diplomáticos del siglo XIX. En 1808 erigió las diócesis estadounidenses de Boston, Nueva-York, Filadelfia, Bardstowntown con Baltimore por Metropolitana, en 1820 las de Charleston y Richmond y en 1821 la de Cincinnati. En 1814 restableció la Compañía de Jesús, la primera víctima de todas las revoluciones, suprimida por Clemente XIV en la esperanza de acallar definitivamente a los enemigos de nuestra religión. En julio de 1809 le encierra Napoleón en la cárcel de Savona. En 1812 le traslada a Fontainebleau. En 1814 le deja en libertad y a los 20 de agosto de 1823 muere en la Ciudad Eterna a los ochenta y un años de edad.

Fuera injusto recordar el centenario del mártir de Savona sin depositar un ramillete de admiración y agradecimiento en el sepulcro de su amigo y secretario el Cardenal Consalvi, el gran Consalvi, la cabeza pen-

sante y el hombre de acción del Pontificado de Pío VII, exquisito y adorado como un cortesano de Luis XV, sabio de inconmensurable talla, virtuoso más aún que sapiente, a cuya rara habilidad y tino se debe haber el vencedor de Waterloo obtenido de sus compañeros del congreso de Viena que los Nuncios del Papa fuesen de derecho en todas las cortes Presidentes natos del cuerpo diplomático, como representantes de la Autoridad más derramada y de un gobernante esencialmente neutral. Ni en la tumba quiso separarse de Pío VII, y fué a buscarle en ella cinco meses después, habiendo sido su muerte honrada con lágrimas en el Vaticano y en San Petersburgo, en Windsor, en las Tullerías y en Postdam. ¡Honor y gloria al denodado campeón de la Santa Sede! ¡Memoria eterna al amigo y consejero fiel de Pío VII!

Por ventura no se podría hallar en las páginas de la historia eclesiástica Pontífice alguno cortado más al talle de aquella sentencia: "El Papa pertenece al número de los que mueren, pero no transigen", que dijo Castelar. Ni aun el recio "Non possumus" de Pío IX alcanzó eco tan sonoro como la irreductible oposición del encarcelado de Savona y Fontainebleau. Cien años hace que murió. Y no cabe duda: hace un siglo que goza de Dios. ¡Centenario glorioso!

PAULINO.

## ¡ARRIBA, JUVENTUD!

Será, según se advierte,  
funesta nuestra suerte,  
si, en apretado haz, todos en masa,  
no procuramos prestos,  
con válidos arrestos,  
salvar el patrimonio de la casa.

No sé porqué razón,  
pero hoy la educación  
disuelve, al parecer, los sentimientos;  
ni arpegian los laudes,  
para ensalzar virtudes,  
sino los desatinos más cruentos.

Juzguemos gran honor  
lanzarnos con valor,  
a la defensa de lo que es mordido,  
en formas bien insanas,  
por turbas inhumanas  
yermas en ciencia y corazón podrido.

Ahoguemos en letame  
la adulación infame,  
y vuélquense los vicios, por instantes;  
ni usemos de los viles

y velantes pendiles,  
para encubrir las lacras denigrantes.

¿Puede haber egipciaco  
que infunda más a un flaco  
que contemplar a uno que es su igual,  
conducirse sereno,  
confesando de lleno  
en Dios su Fe y en su País natal?

Jóvenes, adelante,  
con erguido semblante  
ni en el fragor de las contiendas duras  
volváis el rostro atrás;  
pues siempre pudo más  
una gota de Amor que mil impuras.

Nuestra grímpola es justa  
¡LA VERDAD! que se ajusta  
a formar caracteres verdaderos;  
así, recibe ataques  
de muchos ñiquinaques  
que, sombras siendo, antójanse luceros.

UN FILIPINO.